

XV Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXX Jornadas de Investigación. XIX Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. V Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional V Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2023.

El cuerpo Más allá del principio del placer.

Dal Maso Otano, Silvina.

Cita:

Dal Maso Otano, Silvina (2023). El cuerpo Más allá del principio del placer. XV Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXX Jornadas de Investigación. XIX Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. V Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional V Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-009/353>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/ebes/10M>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

EL CUERPO MÁS ALLÁ DEL PRINCIPIO DEL PLACER

Dal Maso Otano, Silvina

Universidad de Buenos Aires. Facultad de Psicología. Buenos Aires, Argentina.

RESUMEN

Trabajaremos acerca de las articulaciones que Freud realiza acerca de la conformación del aparato psíquico y su correlato corporal, considerando sus formulaciones de *Más allá del principio del placer*. Haremos una lectura de algunas de esas implicancias en sus casos clínicos publicados.

Palabras clave

Cuerpo - Pulsión - Represión primaria

ABSTRACT

BODY BEYOND THE PLEASURE PRINCIPLE

We will work on the articulations that Freud makes about the conformation of the psychic apparatus and its bodily correlate, considering his formulations in *Beyond the Pleasure Principle*. We will read some of these implications in their published clinical cases.

Keywords

Body - Drive - Primary repression

El cuerpo más allá del principio del placer^[1]

Si nos situamos en la perspectiva que a partir de *Más allá del principio del placer* se presenta en términos de la estructura subjetiva, a partir de la dimensión de la pulsión, tenemos que ya no podemos abordarla sólo desde la perspectiva de la libido y el principio del placer.

Haciendo una suerte de relato, la pulsión había sido postulada por Freud a fin de ampliar el concepto de sexualidad hasta hacer entrar en él la perspectiva de la sexualidad infantil y los síntomas de los neuróticos^[2]. La referencia al estudio de las perversiones sexuales, que había sido tan abordada mediante los compendios y manuales de psiquiatría producidos durante el siglo XIX, le había servido para poner de manifiesto el desvío de la meta y el objeto con respecto a una sexualidad denominada normal.

Freud se encarga de demostrar que se trata de una suerte de convención cultural, una normalización o normativización, si se quiere, en relación al uso contemporáneo del término. La sexualidad “normal” es la esperable dentro de la cultura, y viene a solapar una consideración moral de la normalidad con una suerte de igualación al instinto animal.

La primera apreciación al respecto de la pulsión, entonces, viene de la mano de la cuestión del desvío de la meta y el objeto. La meta no será la reproducción (sólo en algunos casos, y evidentemente no siempre en el campo heterosexual), sino la satisfac-

ción, alcanzada en cada sujeto de modo singular y por diversos caminos. El objeto no será predeterminado, el mismo para cada individuo, sino lo más variable y enlazado a la pulsión por su aptitud para alcanzar la satisfacción; dado el encuentro contingente que permite el recorrido, la pulsión se fija a él. Lo cual nos hace concluir que ese objeto tiene una suerte de función instrumental: permite y sostiene el recorrido desde la fuente (la zona erógena) bordeando el objeto y volviendo a la fuente donde se espera un alivio en la tensión que había iniciado el recorrido. La diferencia entre la satisfacción esperada y la hallada funciona como motor que relanza ese recorrido. Esto afirmará Freud en *Más allá del principio del placer*, texto donde expone una nueva perspectiva de la conceptualización pulsional. Tal vez sea ese uno de los lugares donde Lacan puede extraer ese algo que falta a nivel de la satisfacción. Nunca es plena. Lo que falta, lo que por estructura no se encuentra, funciona como motor que relanza el recorrido:

“La pulsión reprimida nunca cesa de aspirar a su satisfacción plena, que consistiría en la repetición de una vivencia primaria de satisfacción: todas las formaciones sustitutivas y reactivas, y todas las sublimaciones, son insuficientes para cancelar su tensión acuciante, y la diferencia entre el placer de satisfacción hallado y el pretendido engendra el factor pulsionante, que no admite aferrarse a ninguna de las situaciones establecidas, sino que, en palabras del poeta, “acicatea, indomeñado, siempre hacia adelante”^[3].”

Al mismo tiempo, funciona como causa del trabajo propio del principio del placer: intentar ligar el quantum pulsional a las representaciones.

Lo que viene a decirnos Freud con el *Más allá...* es que la compulsión de repetición, la cual se presenta habitualmente en la clínica, y en distintas dimensiones, pone de manifiesto la imposibilidad de un imperio irrestricto del principio del placer. Lo cual equivale a afirmar que no todo el quantum pulsional podrá ligarse a las representaciones, ni la satisfacción, que siempre se produce, aunque su estructura invariablemente sea parcial, podrá ser siempre de la índole del placer.

El más allá... es presentado por Freud como más originario que el principio del placer, el cual intentará responder a su exigencia por medio del trabajo del aparato. Podemos leer allí que el deseo sea defensa frente al goce, en una articulación Lacaniana.

Una suerte de caos originario, abordado como una dimensión económica que pugna por una satisfacción que sigue la huella de lo compulsivo, del eterno retorno, y que incita, si podemos

decirlo así, a intentar hacerlo entrar en carriles más organizados, los de la red de representantes psíquicos que encontramos cuando el principio del placer, según la legalidad del inconsciente, es decir, a través de la condensación y el desplazamiento (metáfora y metonimia será la nueva versión Lacaniana) generen la desfiguración apropiada para una posible tramitación subjetiva. Esa suerte de caos originario y su contrapartida en una red que se organiza según una legalidad, será abordado por Lacan de un modo que nos pondrá a distancia de la pregnancia que la referencia Freudiana a la biología deja. Toda pulsión es pulsión de muerte^[iii], por ser efecto del lenguaje. Ninguna naturalidad ni organicidad explica los fenómenos de la compulsión de repetición. En Freud encontramos puntos de apoyo cuando encontramos que:

“la compulsión de repetición (...) un carácter universal de las pulsiones”^[iv].

“Si realmente es un carácter tan general de las pulsiones el querer restablecer un estado anterior, no podemos asombrarnos de que en la vida anímica tantos procesos se consumen con independencia del principio del placer. Acaso este carácter se comunica a toda pulsión parcial”^[iv].

Si nos atenemos a las referencias clínicas que nos propone Freud, tenemos primero la puesta en juego del fracaso de la función del sueño en las neurosis traumáticas o de guerra. Se trata de un punto sobresaliente de ese estado general de avasallamiento subjetivo, plagado de síntomas que se asemejan a la hipocondría y a efectos melancolizantes, en la vida de vigilia, y, colmo de los colmos, la imposibilidad de descanso durante las noches al fallar la función del sueño como guardián del dormir. Es que para que eso sucediese tendría que poder producirse la desfiguración de lo que perturba mediante las operaciones del sueño: condensación, desplazamiento, figurabilidad. Las imágenes que proyecta el sueño para permitir el dormir, es decir para evitar el despertar, tendrían que alejar al sujeto del accidente traumático, tendrían que ponerlo en situación de degustar algún placer, alguna satisfacción que se condiga con el principio del placer, al modo del sueño infantil de Ana Freud: “frutillas, fram-buesas... etc”, o al modo del sueño de los “servicios de amor” donde tanto el contexto de guerra como el perturbador deseo incestuoso se desfiguran por obra de la alusión y la censura, etc. El sueño en las neurosis de guerra reenvía al sujeto, una y otra vez, al mismo punto de despertar traumático. Lo confronta sin velo a la escena del accidente traumático, del cual despierta con renovado terror. Si luego Freud hipotetiza que podría tratarse de un intento de hacer entrar en escena lo que en su momento faltó, es decir la función de la angustia como preparación frente al peligro (lo que luego en *Inhibición, síntoma y angustia* pasará a denominar como angustia señal), no obstante ello, la repetición no subsana esa falta, lo que se repite es el encuentro con el terror. Y Freud afirma que el sujeto se encuentra enigmáticamente como sostenido psíquicamente al trauma...

Hay un correlato destacado por Freud cuando el caso se acompaña de una herida concomitante al accidente. Se observa una disminución del padecimiento psíquico. La herida corporal produce una suerte de drenaje sobre él, en tanto reclama una sobreinvertidura de la zona afectada, de ese quantum pulsional hipertrófico. Algo así como si un padecimiento nivelara algo del otro. O si se quiere, como si el cuerpo viniera a condensar una parte del exceso despertado violentamente por el accidente traumático. Tal vez siga las líneas de la lógica planteada por Freud primero para la conversión histérica y luego para la enfermedad orgánica cuando articulaba su teoría de la libido y el narcisismo.

La diferencia fundamental con el caso del síntoma histérico es que en ese caso el cuerpo es tomado en tanto recorte hecho por la representación, por el significante si se quiere, y, en tanto interviene la represión, se trata de una respuesta donde media el trabajo del aparato psíquico. En el cuerpo de la histérica el síntoma viene a funcionar como metáfora del trauma. O mejor, metaforiza lo que resulta por estructura traumatizante: el sexo, la sexualidad, en tanto no existe La relación sexual...

En el caso del cuerpo afectado por la enfermedad, como es el ejemplo que propone Freud del dolor de muelas, es el cuerpo en su sustrato de organismo el afectado por razones orgánicas, podríamos agregar, y que secundariamente atrae a la libido como una suerte de cobertura económica hasta tanto el órgano logra la sanación. Acabado el dolor, la libido vuelve a estar disponible para invertir otros objetos.

En el caso de las neurosis de guerra, el supuesto que nos presenta Freud es el de que, frente a la irrupción pulsional fruto del encuentro terrorífico con lo traumático (por ejemplo la explosión de una bomba, la muerte repentina de los compañeros, etc), el principio del placer, el aparato mismo, quedaron paralizados, por eso la figura de la inundación... Da cuenta de un efecto de avasallamiento de unas cantidades que aumentaron de modo sorpresivo y desmedido. La hipótesis es que todo ello equivale a una merma de la dimensión que implica la libido^[v]. Por ello aparece un nuevo nombre para algo que, no obstante, ya se había hecho presente a nivel de la clínica, pero mudamente: la pulsión de muerte.

Una vez más, la denominación y las referencias al mundo de la biología nos desvían del verdadero problema clínico que pone de manifiesto este aspecto de la vida pulsional de los sujetos. No olvidemos que Freud la propone para argumentar acerca de la presencia universal de efectos de compulsión de repetición, por lo tanto, de la mortificación de sujetos que solicitan alivio en los consultorios psicoanalíticos. Podríamos decir que la pulsión de muerte es un problema de los sujetos en tanto vivos, en tanto seres vivos que hablan. En la *Subversión del sujeto...*, Lacan afirma que:

“Desde el enfoque que hemos dispuesto en ella, reconozcan en la metáfora del retorno a lo inanimado con que Freud afecta a todo cuerpo vivo ese margen más allá de la vida que el lenguaje

asegura al ser por el hecho de que habla, y que es justamente aquel donde ese ser compromete en posición de significante no sólo lo que de su cuerpo se presta a ello por ser intercambiable, sino ese cuerpo mismo^[vii].

Por lo tanto, entiendo que conviene tomar las referencias a la biología, como nunca faltan a lo largo de la obra de Freud, en tanto esa referencia de la que no podía prescindir por haber sido parte fundamental de su formación como médico, pero también por haber estado tan jerarquizada entre las ciencias del momento, con respecto a lo cual siempre sostuvo Freud su horizonte de que el Psicoanálisis encontrara un lugar entre ellas. Al mismo tiempo, podía operar como un contrapeso significativo frente al riesgo de caer en referencias filosóficas, de las cuales Freud se distanciaba porque encontraba allí la aspiración a definir cosmovisiones.

En ese contexto, podemos decidir tomar la referencia de la vuelta a lo inorgánico no en su dimensión biológica, sino en una dimensión estructural: la vuelta a lo no organizado^[viii], a esa suerte de caos sin ligadura, a lo que excede el marco del principio del placer.

Como todo principio el principio del placer funciona como marco de regulación, como un campo regido por leyes, donde se producen ciertas operaciones, etc. Postular que no todo de la pulsión se enmarca dentro del principio del placer, implica afirmar que no todo de la pulsión es ligable, y no todo de la satisfacción parcial se produce dentro de los cánones de la búsqueda de placer. Si la libido pugna por ligar, y por producir unidades cada vez mayores, la pulsión de muerte funciona en sentido contrario: rompe ligaduras, hace fracasar los intentos de ligar y al hacerlo produce displacer. Ahora bien, la pregunta fundamental de Freud recae sobre la dimensión de la compulsión. ¿Qué lleva a un sujeto a volver una y otra vez sobre lo que rompe con lo estipulado por el principio del placer? ¿En qué se sostiene ese factor compulsivo?

El *Capítulo III* del texto recupera lo postulado en *Recordar, repetir, reelaborar*. Allí Freud recuerda que primero pensó a la práctica del psicoanálisis como una práctica del recuerdo, correlativa de la interpretación. Luego ubicó la importancia de la dimensión de las resistencias, y el trabajo analítico se orientó a su levantamiento. Ahora postula la intervención de la construcción sobre lo que se repite en transferencia, debido a que lo que allí se produce no es del orden de lo articulado, lo cual permitiría la interpretación.

Freud vuelve a traer el problema del *Agieren*, lo que no se recuerda pero se actúa en transferencia, tomando al analista como *partenaire* de la escena. Eso es del orden de lo vivido en el marco del Edipo. “Fragmentos de vida real”, había escrito en el texto de 1914, que se actúan en transferencia, sin que hayan podido pasar por el circuito del recuerdo, es decir de la represión secundaria y el retorno de lo reprimido... Freud ubica que el hecho nuevo y asombroso es que esas experiencias fueron

displaceras y vuelven a serlo en su repetición en transferencia. Se encuentran, por tanto, más allá del principio del placer. Se refiere al final del primer florecimiento de la sexualidad infantil, que se cierra con un hundimiento que se correlaciona con una imposibilidad a nivel del saber sobre el sexo y a un fracaso a nivel del amor^[ix]. Es así como extrae lo esencial de esa lógica del Edipo, que, siendo estructurante de las neurosis, cumple su función al hacer fracasar en su interior el intento de satisfacción al que el mismo andamiaje de lazos incita. La interiorización de la ley hace abandonar a los objetos de amor prohibidos. Se los abandona por efecto de una amenaza, pero esencialmente por obra de una necesaria desilusión.

Será el atravesamiento por el Edipo y la castración lo que dará fundamento a la estructura en las neurosis. El éxito de la apertura a la exogamia, es decir a la circulación en el lazo social, se acompaña, nos alerta Freud, de una necesaria experiencia de lo que fracasa.

Ahora bien, ese fracaso necesario se registra subjetivamente como herida narcisista. Y ese displacer se “reaviva” por así decir en transferencia:

“los neuróticos repiten en la transferencia todas esas ocasiones indeseadas y estas situaciones afectivas dolorosas, reanimándolas con gran habilidad. Se afanan por interrumpir la cura incompleta, saben procurarse de nuevo la impresión del desaire, fuerzan al médico a dirigirles palabras duras y a conducirse fríamente con ellos, hallan los objetos apropiados para sus celos, sustituyen al hijo tan ansiado del tiempo primordial por el desigmo o la promesa de un gran regalo, casi siempre tan poco real como aquel. Nada de eso pudo procurar placer entonces (...) una compulsión fuerza a ello”^[x].

Se trata de una compulsión de repetición que insiste en repetir lo que displace en lo que fracasa. La cuestión parece jugarse entre un intento de resolver, de ligar lo no ligado, de hacer entrar la pulsión en las derivas del principio del placer, intento que vuelve a fracasar cada vez, al tiempo que lo “logrado” es el encuentro con lo que fracasa... Por eso Freud resalta el aspecto paradójico de esta dimensión de la estructura subjetiva que se pone de manifiesto en la clínica. Y Lacan abordará esta estructura con la tensión entre *Tyche* y *Automaton*, aspectos real y simbólico de la repetición^[xi].

Le hace afirmar a Freud que la compulsión deviene demoníaca cuando contraría de tal modo la lógica del principio del placer. Quienes no la experimentan en el marco de un tratamiento psicoanalítico, lo pueden experimentar bajo las formas del destino que se les impone. Al respecto se sirve de referencias literarias como es el caso de Tancredo, o la viuda a repetición^[xii].

Una vez más, que *Eros* y *Tánatos* sean los ejes principales de la vida humana no puede traducirse unívocamente a las afirmaciones de la biología, ya que lo que encontramos a nivel del padecimiento subjetivo, y que Freud interroga para poder conceptualizar, no se explica por factores orgánicos. En ese sustrato

orgánico se localiza un encuentro entre muerte y sexualidad a nivel de la evidencia de que la reproducción a partir del encuentro de individuos de diferente sexo se correlaciona con la muerte individual, mientras que las reproducciones de organismos menos complejos a partir de la división celular deja por fuera la dimensión de la muerte...

Pero a nivel de lo psíquico lo que se juega entre muerte y sexualidad es lo que el sujeto puede elaborar alrededor de un agujero imposible de anular. La falta de representaciones para dar cuenta de la propia muerte, de la finitud de la propia vida, y la presencia de un elemento impar en lo simbólico para dar cuenta de la diferencia sexual, nos pone frente al problema de los límites de lo simbólico frente a lo que con Lacan leemos como lo real. El trabajo del aparato psíquico, en el marco del principio del placer, no se produce sin el acicateo del más allá, de lo que no entra en ese marco, pero empuja, motoriza, causa. De alguna manera podemos decir que lo que viene a poner de manifiesto ese más allá es que el principio del placer trabaja con su propio límite... Pero, una vez más, una cuestión es poner sobre la mesa que la estructura no se reduce al principio del placer, y otra cosa es poder dar cuenta conceptualmente de la compulsión de repetición y de los modos de abordaje clínicos que requiere.

Cuando Lacan aborda en su *Seminario 11* la repetición como uno de los cuatro conceptos fundamentales junto al inconsciente, la pulsión, y la transferencia, utiliza como recurso, como lo hemos mencionado, la articulación y tensión intrínseca entre *Tyche* y *Automaton*. Pone de este modo de manifiesto que la repetición tiene dos caras, por un lado, la insistencia significativa, por la otra, la cara real la del encuentro/desencuentro contingente con lo real.

Esa estructura la utiliza a la hora de releer el más allá del principio del placer Freudiano, utilizando para ello la referencia no ya del fracaso de la función del sueño de las neurosis traumáticas, sino del despertar angustioso en el sueño de "Padre, ¿no vez que ardo?":

"La frase misma es una tea - por sí sola prende fuego a lo que toca, y no vemos lo que quema, porque la llama nos encandila ante el hecho de que el fuego alcanza lo Unterlegt, lo Untertragen, lo real"^[xiii].

Allí ubica que lo real hay que buscarlo más allá de lo que del sueño (y el fantasma) funciona como pantalla:

"Lo real puede presentarse por el accidente, el ruidito, ese poco-de-realidad que da fe de que no soñamos (...) nos despierta la otra realidad escondida tras la falta de lo que hace las veces de representación - el Trieb, nos dice Freud (...) Lo real hay que buscarlo más allá del sueño - en lo que el sueño ha recubierto, envuelto, escondido, tras la falta de representación, de la cual sólo hay en él lo que hace las veces, un lugarteniente"^[xiv] (modo en que Lacan denomina a la *Vorstellungsrepräsentanz* de la pulsión)

Si la pantalla vela el punto de falta estructural, el agujero de la represión primaria, en ese mismo punto la pulsión ilumina con especial intensidad un lugar irrepresentable pero localizado por la tea de la frase encendida por la pulsión, o si se quiere, la letra, al modo de la fórmula de la *trimetilamina* Freudiana. Lo hipernítido, bajo las formas de lo visto u oído, pone de manifiesto una suerte de punto de extrema condensación (dimensión energética que indica la presencia pulsional) indicando el límite de lo representable.

Para las dimensiones puestas de relieve por el más allá del principio del placer, el juego infantil del Fort - Da revela que toda la vida anímica se encuentra atravesada por la tensión entre principio de placer - más allá... El juego completo responde al principio del placer, la compulsión de repetición queda evidenciada en la insistencia en la parte displacentera. Pero el juego no sólo convierte en activa la posición del niño, quien lo inventa en lugar de caer presa de la angustia ante la partida de la madre, sino que implica poner en juego una primera oposición significativa. El juego de la presencia y la ausencia se duplica en el hacer aparecer o desaparecer el objeto que le da soporte, al mismo tiempo que se articula cada tiempo con un significante. Respuesta del sujeto, articulación simbólica, regulación del principio del placer, enmarcan pero no agotan una insistencia pulsional que no cesa... El más allá funciona en este caso como causa del trabajo psíquico implicado en el juego. De hecho, Freud propone que es el modo más exitoso de convivencia del principio del placer y el más allá^[xv]. Ofrece una pista para pensar las posibles salidas al problema estructural y clínico de la compulsión de repetición.

Ahora bien, cuando en *Inhibición, síntoma y angustia*, Freud ubique la diferencia entre una angustia señal que llama a la represión, y a la defensa en general, y una angustia automática o traumática, estará volviendo sobre la diferencia ubicada en *Más allá...* entre la angustia, como preparación frente al peligro, y el terror donde falla esa preparación y se cae en un estado de avasallamiento psíquico como efecto del factor sorpresa. El núcleo genuino del peligro será especificado como el aumento del factor económico^[xvi]. Y el estado en que cae el sujeto equivale al desvalimiento psíquico o desamparo^[xvii].

La inundación económica rompe con la barrera de protección antiestímulo^[xviii], que en lo psíquico es sostenida por la cadena de representantes psíquicos misma. La caída de la escena psíquica, tiene como correlato la caída del sujeto mismo, al mismo tiempo que podemos conjeturar que el cuerpo deviene sede del avasallamiento que no encuentra bordes, por lo tanto no funciona allí según el marco que provee la investidura libidinal del narcisismo, la que vela al objeto y soporta cierta homeostasis corporal. El cuerpo mismo se ve avasallado por la angustia traumática, tal es así que los sujetos que dan cuenta del sufrimiento atravesado en los denominados ataques de pánico equivale a sensaciones de destrucción del cuerpo que encuentran un intento de acotamiento (fallido) en la representación de sufrir un

infarto y en la inminencia de la muerte.

Tal como Freud lo postula en su texto *El yo y el ello*, la caída de la investidura libidinal del yo (cuyo correlato es el cuerpo, como proyección de superficie, etc.) es vivida por el sujeto como la inminencia de la muerte, lo que equivale a una vivencia de desintegración psíquica. Entendemos que eso se evidencia en la pérdida de los bordes que la imagen especular del yo provee habitualmente a la libido.

Algunas consideraciones sobre los casos clínicos de Freud

Al revisar los casos clínicos publicados por Freud, podemos recorrerlos con la intención de ubicar lo que las conceptualizaciones Freudianas que estamos poniendo a trabajar, es decir, la incidencia de la metapsicología, especialmente la represión primaria y sus consecuencias en la conceptualización psicoanalítica del cuerpo y en relación a la lógica de la intervención analítica pudieran permitirnos leer.

Dora

En el caso Dora, encontramos a Freud muy interesado en publicar un material clínico que pudiera demostrar las hipótesis trabajadas en la Interpretación de los sueños. De hecho, la mayor parte del caso gira alrededor del análisis de dos sueños de la paciente. Si bien es evidente el despliegue de los conceptos que apuntan a demostrar la pesquisa de las determinaciones inconcientes del sueño, al mismo tiempo, pone de manifiesto los rasgos a partir de los cuales se identifica la sujeto y, cómo esa identificación se articula a sus síntomas.

Al mismo tiempo, se establece el reverso de la identificación, en tanto el síntoma se encuentra constituido alrededor de una fijación pulsional, el grano de arena alrededor del cual se construye la perla... En el caso de esta paciente, de los síntomas (tos, catarro, afonía, etc, localizados como síntomas conversivos) se deduce la fijación en tanto modalidad electiva de satisfacción pulsional oral.

Podemos considerar que se verifica el recorte del rasgo en que se sostiene tanto el sujeto como su síntoma, por ejemplo, el rasgo fumador del padre, que se jugó como elemento que denotó la transferencia en su aspecto motor. Si bien Freud todavía se encontraba lejos de las teorizaciones sobre la transferencia que realizaría unos diez años más tarde, podemos hacer el ejercicio de leer una suerte de anticipos de ello.

Por otro lado, y como interrogante fundamental de Freud, que lo hace extenderse en las consideraciones del epílogo, encontramos un adelanto del aspecto obstáculo de la transferencia: una primera mención del *Agieren*, el repetir en acto. A Freud lo sorprende Dora con una repetición (verdadera paradoja): Freud afirma que no vio venir la transferencia... Puede leer esa repetición a posteriori, cuando Dora actúa con él como había actuado con el sr. K en el paseo del lago: Freud acusa recibo de una bofetada cuando la paciente lo noticia de su decisión repentina de abandonar el análisis.

El propio Freud reflexiona sobre un error en la dirección de la cura, podríamos decir. Había insistido en interpretar los síntomas de Dora en la línea del rechazo histórico de un hombre por el que ella sentiría deseo. Freud se da cuenta, cuando ya no hay tiempo para rectificar, que había un interés central de Dora en medio de los enredos amorosos de su padre: se encontraba cautivada por los encantos femeninos de la sra. K, y por el saber que esperaba extraer de las conversaciones con ella y las lecturas de manuales acerca de la sexualidad.

A ese intenso interés de Dora, Freud lo denomina “corriente ginecofilica”. Más tarde Lacan lo leerá en clave de pregunta acerca de la feminidad, considerando la estrategia de la histeria consistente en identificarse al varón para intentar acceder, por medio del saber, a la pregunta por el lugar de una mujer en tanto causa del deseo de un hombre.

Se puede distinguir, entonces, que el interés por el varón es tal en la medida en que le permite coquetear, por así decir, con la posibilidad, en la fantasía, de acceder a su punto de mira: ¿qué es su mujer en tanto objeto de deseo? Se entiende, entonces, la caída de la escena psíquica que implicó para Dora la frase emitida en el lago por sr. K: “mi mujer no significa nada para mí”. El sr. K sólo interesaba como lugar de anclaje de la pregunta histérica, caída la sra. K pierde todo valor él ante Dora. En esa estrategia de su neurosis con respecto al deseo, el cuerpo de la histérica se sustrae de la escena, supone que el saber lo detenta la otra y deja que sea ella la que le ponga el cuerpo.

Podemos ubicar, entonces los elementos relativos a la estructura de los síntomas en sus dos vertientes: la cara representacional, ligada a las cadenas asociativas, y donde se recortan los rasgos en los que producen las identificaciones del sujeto, al mismo tiempo que se discierne la dimensión pulsional, la fijación desde la cual retornan los síntomas. Las dos caras de la estructura del aparato psíquico que Freud tratará a propósito de la conceptualización de la represión primaria.

En relación al aspecto que implicará la falta de representación de esa operación fundante, podemos ubicar que se presenta bajo la modalidad del enigma de lo femenino. Es decir, de la pregunta fundamental de ¿qué es ser una mujer? Para la cual no hay respuesta en el inconciente.

Síntoma, identificación, pulsión y *Agieren* (lo cual también tendrá relación con lo que hace tope a la posibilidad del recuerdo, en tanto manifestación de la represión primaria en transferencia^[xix]), son elementos que pueden ser leídos en el material clínico, aunque sea anterior a la elaboración de la metapsicología.

Hombre de las ratas

En este caso encontramos un vasto despliegue del material del análisis en relación a la modalidad de presentación del sujeto, signada por la duda obsesiva en relación a pagar una deuda (que él sabía que no debía), el temor a ser un criminal, y una serie de síntomas que al desplegarse pusieron de manifiesto la fantasía en la que se sustentaban referida al tormento de

las ratas, relatado con el horror ante un goce ignorado que tan lúcidamente detectó Freud. Ello articulando el temor obsesivo el cual daba cuenta de la ambivalencia del sujeto con respecto al padre y la amada. Prácticamente todas las características de la neurosis obsesiva fueron desplegadas por ese paciente.

En este caso la fijación pulsional que se deduce es la sádico-anal. En este caso Freud estuvo muy atento a lo que se desplegaba en la transferencia y operó con ella, tal como lo especificaría teóricamente más tarde, mediante el manejo de la transferencia y la intervención de la construcción.

Lo que se juega en acto en la transferencia (*Agieren*) era algo que contrastaba con el discurso articulado por el sujeto: se refería al padre (muerto hacía tiempo) como alguien por el que sentía un amor idealizado, sin vestigio alguno de conflicto u hostilidad. Pero en la transferencia se dirigía a Freud de modo impertinente y temía de él un castigo, de hecho, le demandaba que lo echara del consultorio.

En el modo de intervenir de Freud tenemos un ejemplo precioso de esa indicación que resulta enigmática cuando la enuncia en los textos posteriores donde conceptualiza la transferencia: “ni rechazar ni satisfacer”. Freud le presenta al paciente una construcción (la cual será teorizada muy posteriormente), la cual vale como hipótesis a ser corroborada o no por el analizante. Le dice que es probable que en algún momento de su infancia hubiera realizado algún desaguisado por el cual el padre lo habría castigado y él habría podido reaccionar con enojo.

El hombre de las ratas no pudo confirmar ni negar la hipótesis, pero luego lo confirmó a propósito de un relato de la madre. Efectivamente, había mordido a la niñera, razón por la cual el padre lo castigó corporalmente de un modo excesivo. El niño, que no conocía aún las palabras acordes al insulto, no obstante, utilizó palabras corrientes: lámpara, mesa!, etc. Por el tono en que fueron pronunciadas el padre comprendió de qué se trataba y suspendió la paliza enunciando la frase que enmarcaría la neurosis: “será un gran hombre o n gran criminal”.

Freud ubica que la construcción permitió que el paciente empezara a poder hablar de lo violento que era su padre y el complejo de las ratas en que se sostenían los síntomas, cedió. Entre esos síntomas se encontraba la imposibilidad de decidir entre la mujer amada, y pobre, y una prima adinerada con la que la madre quería casarlo. Una identificación también a través de sus síntomas se dedujo en el análisis: la deuda de dinero y con respecto a la elección amorosa eran temas que habían caracterizado a su padre.

Con lo cual, podemos afirmar que el valor de la intervención, construcción mediante, no vale en sí misma por su precisión con respecto a los hechos de la biografía del paciente, sino porque viene a conmover lo que, hallándose fijado doblemente por la dimensión pulsional y la defensa contra ella, no había pasado por el circuito de la represión secundaria - retorno de lo reprimido. Se trataría de un ejemplo de los “trozos de vida real” que se repiten en análisis, y le dan ocasión al analista de que pueda

intervenir sobre ello. Lo que se deduce, y hemos trabajado, es la vinculación de ello con la represión primordial: lo “olvidado estructural” a lo que es imposible acceder por la vía del recuerdo, y se pone en acto en transferencia.

El paciente también padecía un trastorno que implicaba el cuerpo en una compulsión a presentarse desnudo y con el miembro erecto frente al espejo en franco desafío al padre muerto, según su fantasía. Es decir que podemos considerar el grado de perturbación no sólo a nivel del pensamiento obsesivo, sino que ello redundaba en una angustiante perturbación corporal, concomitante de esa compulsión en acto.

Nuevamente encontramos los elementos de la fijación pulsional, la identificación, la perturbación del cuerpo, en tanto se revela como cuerpo modelado por los significantes que lo han impactado y de los cuales se extrae un goce inquietante, y lo imposible de recordar que, no obstante se pone en acto en la transferencia, con respecto a lo cual Freud operó mediante el manejo de la transferencia y la construcción.

Juanito

En este caso se trata de un niño, en la edad en que está atravesando el complejo de Edipo/ complejo de castración. El tratamiento se realiza a través del padre, quien llevaba material a Freud y éste le da indicaciones para que intervenga con el niño, quien padecía una zoofobia: temía que un caballo lo muerda.

Es a propósito de la lectura que hace Freud de este caso que extrae lo propio de la teorización del falo en tanto premisa universal y la necesidad de una operación adjudicada a la función del padre que permitiera la separación del hijo con respecto al goce de la madre. La lectura que hará Lacan posteriormente apuntará a la flojera de la intervención paterna, siendo la fobia misma la que se ubicará en el lugar de hacer funcionar la amenaza de castración.

Pareciera una suerte de anticipo de ese movimiento conceptual por el cual Lacan pasaría de sostener la operatoria del nombre del padre para luego pluralizarlo y, al final de su enseñanza, desplazar su función a la del síntoma, o *sinthome*.

También encontraremos en su texto *La tercera* la afirmación de que es el goce fálico, en tanto real que se presenta a Juanito como un fuera de cuerpo (fuera de la imagen del cuerpo) lo que perturba al sujeto y requiere de la respuesta sintomática.

En todo caso, tenemos el conflicto y desafío para lo psíquico de que en tanto tiene que hacerse cargo de un tener ya caduca la satisfacción en la identificación de ser el falo del Otro materno. Avatares a atravesar en ese dispositivo estructurante del Edipo y la castración. Y posible puesta en conexión de la dimensión simbólica del falo como correlato del valor del cuerpo en tanto correlativo del narcisismo, cuestión que Lacan desplegará más tarde.

Cuerpo, falo, síntoma, satisfacción sustitutiva vía regresión a la fase sádico-oral, y finalmente, la localización de la angustia como motor de la defensa, cuestión que será situada por Freud mucho más adelante, cuando retome el caso en su texto *Inhi-*

bición, síntoma y angustia, y compare esta zoofobia de Juanito con la del Hombre de los lobos, distinguiendo lo propio de una función de señal frente al peligro para lo psíquico de la angustia automática que deja al sujeto en la indefensión o desamparo.

Schreber

Freud trabaja el concepto de narcisismo y ubica la primera fase de la represión, en tanto represión primaria, al analizar el escrito publicado por Schreber con el fin de convencer a un tribunal médico con respecto a su estabilización y a la demanda de ser externado de la clínica donde había estado internado para su restablecimiento.

El trabajo de Freud es muy rico en su despliegue teórico con respecto a su conceptualización de lo que propone denominar como un caso de parafrenia, realizando operaciones sobre frases que dan cuenta del intento de restablecimiento mediante una suerte de pseudo - discurso, si pudiera denominarse de esa manera, el intento de restablecer los lazos con la realidad, que podría constituir un modo de decir: volver a algún tipo de lazo con los otros, a fin de localizarse subjetivamente.

En este apartado sólo recortaré el comentario en función de lo que se presenta del orden de la perturbación del sujeto a nivel del cuerpo, lo cual depende de lo que sucede a nivel de las operaciones psíquicas. Si bien Freud podía hablar de represión de un modo genérico, para hablar de defensa, lo que luego se establecerá con la lectura de Lacan es que en la psicosis dicha defensa se especifica como forclusión, traducción del término alemán *Verwerfung*, utilizado por Freud.

Lacan dirá que lo forcluido será el nombre del padre, ese significativo que permite el ordenamiento de las relaciones entre todos los otros y asegura el funcionamiento para el sujeto de la dimensión de la metáfora con la consecuencia del establecimiento de la significación fálica.

Las consecuencias para el sujeto de no disponer de ese punto de anclaje en lo simbólico, al ser confrontado a una situación donde hubiera necesitado poder servirse de él, produce un desencadenamiento que se experimenta por parte del sujeto como una suerte de desmoronamiento de lo imaginario, con fenómenos de invasión de goce desregulado bajo la forma de alucinaciones verbales y cenestésicas. Las experiencias aterradoras de perforación de su cuerpo por obra de los rayos divinos, los alaridos frutos del terror, las frases impuestas que estaba compelido a completar, etc.

Como punto de partida del desencadenamiento la fantasía de qué deseable sería experimentar el coito como una mujer y como punto de estabilización la construcción delirante de transformarse asintóticamente en La mujer de Dios. Lacan dirá que, mediante su delirio, Schreber hace existir a La mujer que no existe, y, por lo tanto a la relación sexual que no puede escribirse.

Aquí en lugar de los síntomas de las neurosis, se manifiestan los fenómenos alucinatorios acompañando la desarticulación tanto de la instancia del yo, los puntos identificatorios en los que

se sostuvo el sujeto hasta el momento del desencadenamiento, como de su correlato corporal. Lo rechazado (*verworfen*) no retorna desfiguradamente como en los síntomas de las neurosis, sino como intromisión avasallante de la alucinación. Lacan lo leerá en términos de que lo es rechazado de lo simbólico retorna en lo real.

El punto de la estabilización se acompaña de una transformación del cuerpo (imaginario) acorde a su nueva nominación: *La mujer de Dios*. De alguna manera, tal como lo planteaba Freud, la patología nos muestra como bajo lente de aumento lo propio de la estructura: el cuerpo no se sostiene como tal como mero organismo, requiere de un anclaje simbólico que anude los registros y permita mantener el velo que viste lo real. La caída de ese anclaje redundante en la desesperación del sujeto concomitante de los fenómenos de invasión de goce que producen la experiencia de una suerte de destrucción corporal que se detiene recién cuando se logra la estabilización delirante, la cual le otorga una suerte de nuevo nombre al sujeto y su cuerpo puede volver a localizarse como tal.

Hombre de los lobos

Este caso presenta la dificultad de que, a posteriori se pudo hipotetizar una estructura psicótica que habría desencadenado a causa de la orientación que adoptó su análisis con Freud, siendo que éste mientras lo atendió lo consideró un caso de neurosis obsesiva. Lo que podemos resaltar, más allá de la discusión diagnóstica, es que esa suerte de empecinamiento de Freud para obtener una suerte de corroboración de la realidad efectiva de la escena primordial constituyó un forzamiento que no resultó inocuo para la situación del sujeto.

En nuestro libro *Bordear lo real*^[xx] ubicamos que en la escritura del caso sobresale una búsqueda que parecía haber sido abandonada hacia mucho: la de la escena realmente acontecida. Pero conjeturamos que esa suerte de reactivación de la pesquisa detectivesca se enmarcó en la discusión con los analistas que ponían en duda la importancia de la sexualidad infantil como primer tiempo fundante de cualquier neurosis del adulto. Para rebatir los argumentos de Jung y Adler, intentar dar pruebas de una suerte de real más allá del tejido de la fantasía habría permitido zanjar definitivamente no sólo una disputa teórica, sino un riesgo de convertir al psicoanálisis en una terapia adaptativa que, por tanto, renunciaría a lo más subversivo que puede ofrecer: la interrogación de las fuentes primordiales (estructurales) de la satisfacción en el padecimiento que sostienen al síntoma en su carácter compulsivo y determinan la posición del sujeto.

El problema perseguido por Freud desde hacía tiempo, y que encuentra su marco conceptual a partir de 1920, es el de la enigmática fijación al trauma. Sus desarrollos de El problema económico del masoquismo le permitirán ubicar lo que se articula a nivel de la fantasía inconciente con respecto a una satisfacción pulsional que ya no depende sólo de la fijación a un

objeto parcial y un bordeo a partir de una zona erógena, sino que comporta al mismo tiempo, una satisfacción que excede los límites del principio del placer.

La posición del hombre de los lobos destaca por su pasividad, que Freud deduce a partir de una serie de peculiaridades que enlazan sus rasgos eróticos, sus identificaciones y sus síntomas corporales (que a primera vista Freud tiende a considerarlos del lado de la conversión histérica, pero habría que ver si no sería más preciso considerarlos del lado de los síntomas de las neurosis actuales al modo de la neurastenia o la hipocondría).

De esa suerte de hilo lógico, Freud extrae que surgen de un sustrato de fijación de la pulsión parcial anal. El rasgo erótico excitarse inmediatamente al ver a una mujer desde atrás inclinada sobre sus miembros (al modo de la empleada limpiando los pisos de rodillas, etc.) y los síntomas de obstrucción intestinal, puestos al análisis permiten ubicar una identificación del sujeto con su madre, vía los padecimientos similares a nivel del cuerpo de ésta.

Es a propósito del análisis de un sueño, el de los lobos que lo miran intensa y fijamente desde un nogal en el marco de su ventana que Freud construye la hipótesis de que el paciente siendo muy pequeño habría asistido en calidad de testigo a un encuentro sexual entre sus padres, y ello habría producido una excitación que se habría intentado descargar por medio de una deposición espontánea. De ese modo la satisfacción anal se enlaza a la escópica. Freud lee produciendo una inversión con respecto al relato: la fijeza refiere a un intenso movimiento y el ser mirado encubre un intenso mirar del sujeto.

El problema que se destaca, como lo hemos comentado, es el de la pertinacia con la que Freud insiste en recuperar los datos que “darían prueba” de la existencia de tal escena, no tanto la conjetura en sí misma. Será el problema conceptual y clínico de considerar que lo que el recuerdo se ve imposibilitado de recuperar habría que producirlo como una suerte de ortopedia: de llenado de las lagunas. De algún modo, implicaría un forzamiento de la represión primaria en tanto límite a lo articulable por lo simbólico e imaginario. Tal orientación se pone, paradójicamente, en el sentido contrario del de la lógica del análisis que nos enseñó a ubicar desde temprano, por ejemplo, con el ombligo del sueño. Podemos conjeturar que, en el nivel del sueño, se está operando sobre una trama que se expande, entre el relato y las asociaciones, ubicar en ello lo que hace tope es un eje central de la operación analítica. Pero, como veremos, no se trata meramente de desciframiento, sino de que ese desciframiento implicará una lectura que localiza la fuente pulsional de la enunciación inconsciente, o como lo dice Lacan: la interpretación apunta al goce. Distinta es la situación frente no sólo a lo que no se recuerda, sino, fundamentalmente frente a lo que se actúa en transferencia. Una compulsión a actuar sin texto. Recordemos que Freud describe la posición del paciente como de una suerte de plácida condescendencia, actuaba como un visitante mirando objetos en un museo. Se escucha entonces una suerte de apoltrona-

miento pasivo gozoso, frente al cual la pregunta que se deduce del esfuerzo de Freud podría ponerse se términos de ¿cómo conmové? Lo cual implicaría, como lo va a situar luego Lacan, conmover la defensa, conmover el fantasma inconsciente en que se enmarca y fija la satisfacción pulsional que sustitivamente se manifiesta en sus síntomas.

Podemos conjeturar que conmover la defensa tocará en algún sentido el fundamento estructural de la represión primaria en tanto nudo fundante y soporte del aparato psíquico mismo, con respecto al cual la defensa actúa. Cómo conmover eso en las neurosis es una cuestión, pero qué efecto puede tener hacerlo en una estructura que “parece” una neurosis y que, luego pone de manifiesto indicios de desencadenamiento psicótico, es otra. Cuando Freud lo deriva con Ruth Mack Brunsksvick, el paciente tenía certeza de tener un agujero en la nariz que no podía dejar de intentar controlar con su mirada en el espejo, entre otras perturbaciones.

Hace conjeturar si la apariencia obsesiva anterior no funcionaría como una suerte de intento de operar vía lo imaginario sobre lo real del cuerpo no anclado convenientemente en lo simbólico. De ser así, conmover la defensa de apariencia obsesiva lejos de promover un relanzamiento deseante del sujeto, lo confrontaría con el desarreglo a nivel del cuerpo que subyacía y ahora queda expuesto saliendo a la luz. De todos modos, la pregunta permanece y la retomaremos en próximos trabajos.

NOTAS

[1] Publicación parcial de avance de investigación para mi Tesis Doctoral titulada: “Hacerse un cuerpo de la huella. Represión primaria en análisis”.

[i] Freud, S. (1916-17c). 291.

[ii] Freud, S. (1920). 42.

[iii] Lacan, J. (1964). 213 y 265. Paidós.

[iv] Freud, S. (1920). 36

[v] Idem, 60.

[vi] El concepto de libido implica la dimensión psíquica, por tanto, la ligadura de la energía pulsional a las representaciones psíquicas. Lacan la equiparará al deseo, cfr. Seminario 11, p. 159: “la libido es la presencia efectiva, como tal, del deseo”.

[vii] Lacan, J., Lacan, J. (1966d {1960}). 782.

[viii] Al modo en que se utiliza la expresión para referirse a personas que actúan por fuera de lo estipulado en una organización: “fulano de tal es un inorgánico”, es decir: actúa inorgánicamente.

[ix] Freud, S. (1920). 20.

[x] Idem, 21.

[xi] Lacan, J. (1964). 60 y sigs.

[xii] Op. Cit., 22.

[xiii] Lacan, J. (1964). 67.

[xiv] Idem, 68.

[xv] Freud, S. (1920). 22.

[xvi] Freud, S. (1926). 130.

[xvii] Idem, 155.

[xviii] Freud, S. (1920). 27.



[xix] Tema presentado en dos trabajos en el Congreso de Investigación Psic. UBA 2022.

[xx] Dal Maso, S. (2017).

BIBLIOGRAFÍA

Dal Maso, S. *Bordear lo real*. JVE, Bs. As., 2017.

Freud, S. (1914). *Recordar, repetir, reelaborar*. Tomo XII. *Obras Completas*. Amorrortu Editores.

Freud, S. (1916). *Conferencia 20*. Tomo XVI. O.C. A.E.

Freud, S. (1920). *Más allá del principio del placer*. Tomo XVIII. O.C. A.E.

Freud, S. (1923). *El yo y el ello*. Tomo XIX. O.C. A.E.

Freud, S. (1926). *Inhibición, síntoma y angustia*. Tomo XX. O.C. A.E.

Lacan, J. (1964). *Seminario 11*. Paidós.

Lacan, J. (1966). *La subversión del sujeto y dialéctica del deseo*. *Escritos II*. Siglo XXI.